Newton Compton Editores

Título original: *A Peculiar Pawn Shop That Lends Time*

© 2024, Ko So-yoo
초판 2쇄 발행 2024년 5월 13일
지 은 이 고수유
펴 낸 이 고송석
발 행 처 헤세의서재
Published by Go Song-seok
Published by Hesse's Library
© 2025, de la traducción por Ana de la O Barragán Jiménez
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Este libro ha recibido una subvención del Literature Translation Institute of Korea (LTI Korea).

LTI LITERATURE TRANSLATION INSTITUTE OF KOREA

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-15-1
Código IBIC: FA
DL: B 11.123-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Javier Sánchez Meco

Impreso en noviembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Ko Soo-yoo

La casa de empeños del tiempo pasado

Traducción de Ana Barragán



Newton Compton Editores

Barcelona, 2025

Lo recto es engañoso.
Toda verdad es curva
y el tiempo mismo es un círculo.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Prólogo

La historia contada por una abuela desconocida

La historia que contaré a continuación se la escuché a una abuela que conocí de casualidad en la estación de tren de Gangneung. Lo cierto es que me planteaba acabar con mi vida allí mismo. Por aquel entonces, era licenciada en el Departamento de Pintura Oriental de la Facultad de Bellas Artes de una renombrada universidad de Seúl, pero mi carrera se limitaba a un par de exposiciones y tampoco conseguía encontrar un trabajo decente. Pasaba largas horas encerrada en casa dibujando, decidida a ser autora de *webtoons* y poder vivir algún día de ello. Pronto tuve la suerte de contactar con una agencia de talentos, gracias a la cual conseguí serializar mi *webtoon* en una conocida plataforma, una alegría que no duró mucho. La acogida entre el público fue nefasta.

Vaya mierda de historia. ¿A quién le interesan ya los romances pasados de moda?

¡Dibuja genial! Pero la historia es repetitiva y confusa.

Cuesta seguir la trama y es aburrido. Decepcionante.

Ganarse la vida como artista de *webtoon* no era nada fácil. Todo mi orgullo como graduada de una universidad de prestigio se acabó esfumando. Vivir como artista a tiempo completo era complicado y, como alguien que venía de provincias, ya no tenía esperanza de seguir en Seúl. Mis ganas de vivir iban desvaneciéndose.

Un día que soplaba una cálida brisa primaveral, cogí un tren a Gangneung como acudiendo a la llamada de alguien. Una vez allí, subí a un autobús cualquiera y me bajé en cuanto alcancé a ver el mar por la ventana, cerca de una estación de tren. Me estremecí por la intensidad del sol, que me perlaba la frente de sudor. Qué oscura era mi vida en comparación con el esplendor del mundo. Algo mareada, caminé siguiendo las vías del tren hasta que pude dejarme caer en el banco más alejado que encontré.

Me dolía la cabeza horrores. Saqué una botella de *soju* del bolso y me la bebí de un trago. Entonces acudió a mi mente confundida la escena

de una película: un pobre desgraciado sin documentación ponía fin a su vida al saltar frente al tren que se aproximaba. Justo en ese instante alcanzó mis oídos el distante silbato de un tren; mi tiempo estaba a punto de llegar a su fin.

Fue justo en ese momento cuando una anciana con un pañuelo en la cabeza apareció apoyada en un bastón, aunque lo más destacable de ella era el loro posado sobre su hombro y el gato negro que se frotaba contra sus tobillos.

–Chist, chist. ¿Acaso estabas pensando desperdiciar el precioso tiempo que se te ha dado? El tiempo es un regalo del universo, no algo creado por el ser humano, y no deberías acabar con tu vida sin aprovechar al máximo ese obsequio.

Me froté los ojos por si acaso estaba soñando, sorprendida de que una anciana hubiera aparecido de la nada para decirme algo así. Aquella señora había ahondado en lo más profundo de mi corazón, hablándome como haría mi propia abuela, e hizo que se me saltaran las lágrimas.

–Ya no tengo ganas de vivir. De nada me sirve tanto tiempo. Es como un accesorio pesado, un lujo. Márchese, por favor, me gustaría despedirme de mi vida en paz.

La abuela me observó llorar como una niña pequeña y se sentó en el banco.

–Escúchame bien, jovencita. Si supieras lo valioso que es el tiempo, no querrías acabar así con tu

vida. Solo te hace falta talento para crear historias. Te voy a contar un relato con el que entenderás el valor del tiempo, que dará alas a tus propias historias y a ti la valentía para seguir viviendo.

Gracias a no haber muerto entonces estoy aquí con todos vosotros. La historia que me contó la abuela sigue tan presente en mí como si la hubiera escuchado ayer mismo. Lo hice como quien está en primera fila de un cine, completamente absorta y embelesada frente a la enorme pantalla. Al acabar me invadió un profundo sueño y cuando desperté ya no había nadie sentado a mi lado.

Ha pasado un tiempo y todavía me pregunto si aquello fue una alucinación, si acaso no estaría soñando, y no tengo forma de saber a ciencia cierta si aquella abuela existió de verdad.

A continuación, os voy a contar la historia que escuché de aquella misteriosa abuela. Le he añadido un toque de mi propia imaginación para hacerla más auténtica. Espero que esta historia haga recordar el valor del tiempo a quienes, presos de la desesperación, deseen acabar con sus vidas. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que esta historia pronto verá la luz en formato *webtoon* y espero que tenga mejor acogida que las anteriores para poder seguir creando historias en un futuro.

Capítulo 1

La casa de empeños de la abuela, el gato y el loro

En una ciudad satélite nueva a las afueras de Seúl, entre los numerosos locales de la zona de restaurantes, se abría sitio un estrecho callejón en el que apenas cabían dos personas. Al fondo había un edificio de dos plantas: el bajo pertenecía a un restaurante con un cartel al más puro estilo hongkonés que llevaban unos taiwaneses, mientras que la primera planta estaba llena de carteles de TAROT y REPARACIONES y, arriba del todo, un pequeño cartel con letras rojas rezaba lo siguiente: CASA DE EMPEÑOS DEL TIEMPO, junto a unas oficinas que dudosamente estaban en funcionamiento.

Por la ventana de la casa de empeños, un gato negro paseaba peligrosamente por el alféizar antes de engancharse a la hiedra que tenía más cerca, por la que escaló hasta el tejado para saltar al edificio contiguo. Nocturno por naturaleza, al caer la oscuridad salía a dar su habitual paseo diario.

A través de la misma ventana abierta se distin-

guía la figura regordeta de una abuela ataviada con un vestido largo y un pañuelo en la cabeza. Recorría la estancia apoyada en su bastón, diez pasos de ida y otros diez de vuelta, como si estuviera haciendo algún tipo de ejercicio. El loro enjaulado en un rincón repetía sus movimientos caminando de un lado a otro en su pajarera. Tras varias repeticiones, la abuela se acercó a acariciar las largas hojas de un bambú de la suerte que casi rozaba el techo.

Luego se sentó frente a una mesa donde ardía una varilla de incienso, soltó un profundo suspiro, bebió un poco de agua fría y miró el reloj de pared. El segundero avanzó constante, pero con cierta parsimonia, hasta dar las ocho menos diez. La abuela pareció sorprendida con la hora por cómo abrió los ojos como platos y se puso a escribir un mensaje de texto que decía lo siguiente:

> Faltan diez minutos para que acabe el plazo. Tenga en cuenta que, de no regresar a la hora prevista, se procederá según lo acordado en el contrato.

Pulsó el botón de enviar. Siempre que se acercaba la hora de regreso del prestatario del tiempo pasado, mandaba el mismo mensaje. Solía hacerlo treinta, veinte o diez minutos antes, a no ser

que estuviera convencida de que el cliente iba a regresar. Después de enviar el mensaje, pasó los siguientes veinte minutos con los ojos cerrados. No hubo respuesta. Soltó un profundo suspiro mientras despotricaba para sus adentros porque la gente cada vez respetaba menos el cumplimiento de sus promesas.

Se levantó y caminó con su bastón hacia una larga estantería de pared donde no había libros, sino documentos de identidad colocados en soportes. A simple vista podría haber allí más de cien carnés, pero ella se detuvo frente a uno en concreto.

–Es una pena, pero qué se le va a hacer. Así lo rigen los principios del universo, el *dharma*.

El documento, que pertenecía a un hombre que rondaba la treintena, estaba ennegrecido por los bordes, al igual que la decena de carnés descoloridos que había a su alrededor. Los de la balda de abajo relucían como nuevos y lo mismo pasaba con la siguiente y la inferior. Sin embargo, en la última los carnés estaban completamente negros, como calcinados.

La abuela se inclinó ligeramente hacia la balda y juntó ambas manos como quien ora frente a la imagen de un difunto, con expresión consternada. A los diez segundos más o menos comenzó a sonar la música de *Nella fantasia*:

Nella fantasia io vedo un emondo giusto,
li tutti vivono in pace e in onestà.
Io sogno d'anime che sono sempre libere[1].

Era su tono de llamada. La abuela se levantó con parsimonia y fue a coger el móvil. Sin prisa alguna, pulsó el botón de descolgar la llamada y se oyó una voz apresurada al otro lado:

–Abuela… digo, señora, se me había olvidado que tenía que volver hoy a las ocho. Es que me ha ocurrido un imprevisto. ¿Podría dejarlo pasar solo por esta vez?

–Yo no puedo hacer nada al respecto. Si un cliente falta a su palabra, su tiempo se agotará de manera exponencial. Así lo dicta la ley inquebrantable del universo. Deberías haber regresado a tu hora e informar si cumpliste con lo estipulado en el contrato.

–Lo siento mucho. No he podido cumplir el deseo que quería. ¿Qué hago ahora?

–Ya, no era algo sencillo. ¿Qué haces ahora? Tu tiempo se agota a gran velocidad y pronto te ocurrirá algo: un accidente, una enfermedad o algo peor. Lamento decir que ya no te queda mucho tiempo del que se te ha dado.

El hombre continuó con su retahíla:

[1] «En la fantasía veo un mundo claro, / incluso la noche es menos oscura. / Sueño con almas que siempre son libres».

–Debí haberle hecho caso. Llevaba un rato con el corazón latiendo a mil por hora y me faltaba el aire. Por eso me di cuenta de que pasaba algo raro y recordé lo que me dijo cuando firmamos el contrato. Está pasando justo eso y me temo que mi tiempo se está agotando muy rápido. ¡Ay! ¿Qué hago?

–¿Acaso no te prestamos algo más valioso que cualquier otra cosa en el mundo? ¿Y dices que se te ha olvidado? –prosiguió la abuela con calma–. Tendrías que haber cumplido tu deseo y haber vuelto a tu hora y así yo me habría llevado mi pago por el préstamo, pero mira cómo ha acabado todo. Chist.

La llamada se cortó. ¿Había pasado algo? Imaginó que el hombre habría caído en redondo por muerte súbita. Tal vez alguien le hubiese disparado o habría ocurrido otra desgracia. La abuela cerró los ojos, lamentando lo sucedido, suspiró y luego clavó la mirada en las varillas de incienso sobre la mesa, que se apagaron de pronto. ¿De dónde provenía aquel viento?

En ese mismo instante, el carné del hombre, que estaba en la estantería, se tiñó de negro carbón, como consumido por el fuego.

–Otra vida insensata que gasta su tiempo yendo contra la providencia del universo –murmuró la abuela–. Ay, pobre alma. Que tengas un buen regreso al lugar del que viniste.

Pasó un rato en silencio y…

–Que tengas un buen regreso al lugar del que viniste. Que tengas un buen regreso al lugar del que viniste. Que tengas un buen regreso al lugar del que viniste.

La voz repetitiva pertenecía al loro, que había escapado volando de su jaula y aterrizado en el hombro de la abuela.

–Sí, Kairós. Todos estamos destinados a regresar al lugar del que venimos. Tú también lo harás. No debemos olvidar que toda vida tiene su tiempo.

–Toda vida tiene su tiempo. Toda vida tiene su tiempo. Toda vida tiene su tiempo –repitió el loro.

La abuela le dio una palmadita en la cabeza a Kairós, satisfecha, y volvió a encender el incienso.

La casa de empeños cerraba a las nueve. La abuela volvió a mirar el reloj de pared; cuando faltaban cinco minutos para cerrar, un muchacho abrió la puerta de un golpetazo y entró apresurado. Se aferró a los barrotes de hierro y exclamó:

–¡He cumplido con el plazo! 15 de octubre a las nueve, ¿verdad?

La abuela asomó la cabeza tras la reja.

–¿Quién es?

–¡Señora! Soy el universitario que vino la semana pasada. Atropellaron a mi madre volviendo a casa y falleció el mismo día en que yo tenía una entrevista para una multinacional. Y acudí por-

que encontré de casualidad una tarjeta de la casa de empeños.

La abuela asintió, recordando al fin, y le dio la contraseña que abría la verja:

–Pulsa «7777» y pasa.

El estudiante tecleó los números, entró y avanzó precavido hasta sentarse en la mesa, de donde emanaba un tenue olor a incienso. La abuela cogió un carné de la estantería y lo dejó sobre la mesa. Luego sacó un documento de la carpeta que guardaba en el escritorio, lo ojeó y lo puso también en la mesa: el contrato de prestación de tiempo del pasado.

–Has cumplido con lo prometido. El sábado pasado a las nueve me pediste un día prestado y has vuelto antes de superar el plazo. Menos mal.

El muchacho se rascó la cabeza, sin saber muy bien qué decir cuando la anciana le dio la oportunidad de hablar.

–Al principio me costó creer todo eso de poder volver al pasado. Tuve que pellizcarme la mejilla varias veces, pero sí que había retrocedido en el tiempo. Hice todo lo que pude por cumplir mi promesa y salvar a mi madre. Renuncié a la entrevista y me fui a casa. Ahora ella sigue viva. Muchísimas gracias.

La abuela escudriñó su rostro, como si viera a través de él los sucesos pasados.

–Sí. Lo has cumplido todo como dijiste. Muy

bien. Sentía que podía confiar en ti y darte tiempo para ello. Supongo que todavía conservo buen ojo. –La abuela esbozó una sonrisa y añadió–: ¿No ha sido muy difícil?

–Creía que sería sencillo regresar al pasado, cumplir mi deseo y volver antes de la fecha límite. Pero no lo fue para nada; las tentaciones eran fuertes. Mi novia no paraba de insistir en que nos fuéramos de viaje al extranjero y eso me distrajo de mi objetivo de impedir el accidente. Me costó resistirme, pero al final lo conseguí. Y no es que tuviera ganas de volver al presente, pero si hacía algo mal acabaría incumpliendo con mi parte del acuerdo y con el plazo. Creo que el cielo me ha echado una mano.

–Así es. Aunque la gente suele pensar que todo irá bien en el pasado, nada garantiza que vaya a ser así. Puede que el pasado siga siendo el mismo, pero el corazón de las personas se balancea como un junco. Basta con mantenerse firme para que el deseo acabe cumpliéndose, cosa que no es nada fácil, ya que el corazón humano cambia constantemente de parecer. –Como el muchacho daba la impresión de estar de acuerdo con sus palabras, ella continuó–: Bien, entonces es hora de hacer cuentas. No trabajo gratis. Te acuerdas del precio a pagar por el tiempo prestado, ¿no?

–Sí, por supuesto. Para eso he venido.

–¿Y sabes cuánto tiempo debes entregar?

–Diecinueve años y sesenta y cinco días.

Ese era el precio. Un día (24 horas) multiplicado por el tiempo prestado (una semana) y luego por 1.000. En el caso del estudiante se traducía en la siguiente fórmula: $24 \times 7 \times 1.000 = 168.000$. Lo cual, dividido entre las 24 horas, equivalía a 7.000 días. Es decir, diecinueve años y sesenta y cinco días. Veamos un poco más de las condiciones del préstamo. Cuando el prestatario vuelve al presente, ha transcurrido una semana, que es el periodo fijo del préstamo. ¿Y cómo es posible que el precio a pagar por un solo día acabe siendo de veinte años? ¿Cómo se devuelve ese tiempo?

La anciana evaluó la expresión del muchacho y siguió hablando:

–¿Te arrepientes? Porque eso ahora no serviría de nada. Como he dicho anteriormente, esa es la ley del universo, el *dharma*. Has obtenido la maravillosa oportunidad de ir contra la ley del tiempo y volver al pasado. Te voy a explicar por qué se debe entregar tanto tiempo a cambio; no es decisión mía. Según las leyes del universo, el *dharma*, se ha de devolver el equivalente al tiempo prestado multiplicado por 7.000. Ese tiempo que se debe devolver se calcula multiplicando el tiempo prestado por el periodo del préstamo (una semana), es decir, multiplicado por 7 y luego por 1.000. Lo llamamos «ley de retribución» y desafía el equilibrio temporal.

»La citada es la cantidad de tiempo que requiere desafiar el tiempo. Imagina un avión que cae a toda velocidad. Exigiría de una enorme cantidad de energía para luchar contra la gravedad y estabilizarse, ¿verdad? Del mismo modo, el tiempo físico necesario para volver al pasado son esos siete días prestados multiplicados por mil. Así funciona la ley física del espaciotiempo. Por eso, para desafiar la física y volver al pasado, hay que pagarle al universo con mucho de tu propio tiempo. Regresar del pasado al presente no cuesta nada, porque simplemente se activa la fuerza del retroceso para restaurar el estado original. Quien algo quiere algo le cuesta. Así es la ley del universo, justa e imparcial, el *dharma*.

»El tiempo que pagas pasa a ser propiedad de la casa de empeños y se prestará a futuros clientes que lo necesiten. Sin embargo, un incumplimiento del contrato, ya sea por no regresar en la fecha acordada o por no cumplir el deseo, supone que el tiempo del cliente se agote a gran velocidad. La puerta de regreso al presente se cierra inmediatamente después de pasar el tiempo acordado de vuelta a la casa de empeños. Una milésima de segundo de retraso y la puerta del tiempo se cerrará y no podrás regresar. En ese desafortunado caso, el tiempo del cliente se agotará enseguida y regresará en su totalidad al universo, por lo que la casa

de empeños no se llevará nada. Sin nos quedáramos sin reserva de tiempo, no podríamos seguir prestando el tiempo pasado y solo quedaría de nosotros un negocio en ruinas.

El estudiante la escuchó con atención y por fin pareció comprender.

–No me arrepiento de mi decisión. Cuando regresé al día en el que atropellaron a mi madre, la llamé para decirle que no fuera a la iglesia esa mañana, pero no sirvió de nada. Pensé que me tomaría por loco si mencionaba lo del atropello, así que resistí la tentación de irme de viaje con mi novia y bajé a casa de mi madre con la excusa de que me habían cambiado el día de la entrevista y así podríamos ir juntos a la iglesia. Después de rezar, la llevé a casa sana y salva. Cuando me fijé en la hora, eran las ocho. Como ya no me daba tiempo de ir a la entrevista, renuncié a ella. El caso es que era un encuentro de carácter personal, porque iba a ser el único entrevistado y tenía el puesto casi asegurado. De haber ido, me habrían contratado seguro. Es una pena haber renunciado a una oportunidad así, pero ¿qué iba a hacer? Lo importante era salvar a mi madre. Cuando quise darme cuenta, solo me quedaban un par de horas y cogí un taxi para venir aquí. Hice lo correcto.

El estudiante aparentaba serenidad, pero le temblaban ligeramente los hombros. Kairós, que estaba en la mesa, repitió aquellas palabras:

–Hice lo correcto. Hice lo correcto. Hice lo correcto.

Él miró al loro con una sonrisa y la abuela le devolvió su carné.

–El tiempo que has dado a cambio pertenece ahora a la casa de empeños y se le prestará a otra persona que necesite tiempo del pasado. No te preocupes. De todo ese tiempo, yo solo me quedo con un año de cada cliente para poder seguir trabajando con el poder del universo.

Hay que tener eso en cuenta, ya que cualquiera pensaría que, si cada cliente paga con diecinueve años (y sesenta y cinco días) por un solo día del pasado, la casa de empeños guarda entonces demasiado tiempo. Procedo a explicar esto en detalle. A la abuela tan solo le corresponde un año como compensación por su trabajo, es decir, un año de cada cliente es su sueldo como dueña de la casa de empeños. De los dieciocho años restantes, una parte se la lleva el universo, pero omitiré revelar cuánto, ya que eso es información confidencial. El universo sabe con exactitud qué cantidad debe reservarse para los préstamos sin que se desperdicie nada. Cuando un cliente incumple el contrato y no regresa en el plazo establecido, todo su tiempo queda al amparo del universo. Si, por el contrario, el cliente vuelve a la casa de empeños, el universo recoge la mayor parte de su tiempo como pago, le entrega un año a la abuela y

se reserva una pequeña parte para los préstamos. En cualquier caso, así es como dueña y clientes pueden actuar contra las leyes físicas del tiempo.

Era inevitable que un pedacito del corazón de la abuela se entristeciera al ver que el aura verde en torno al muchacho perdía fuerza. Esos veinte años que le habían sido dados se habían gastado en un suspiro. En el futuro sufriría una enfermedad o un accidente que acabaría con su tiempo antes de lo previsto. Eso que comúnmente llamamos *muerte*, *defunción*, *fallecimiento* o *descanso eterno*.

La abuela veía muy nítido el acuciante destino del muchacho. Y no es que no guardase afecto por la vida, pero ¿qué otra cosa podía hacer contra lo imposible de burlar el orden majestuoso del universo, el *dharma*?